

PROYECCIONES DE LA CRITICA
Y LA OBRA DE MARIANO LATO-
RRE

I

EL RECONOCIMIENTO que un autor adquiere por su obra literaria depende en forma inmediata tanto de la difusión alcanzada por sus libros entre los lectores de su patria como de los juicios críticos que merezca la primera edición, acaso la segunda, dentro de un plazo comparativamente corto. Con posterioridad, los estudios más serios, profundos y detenidos, la documentación objetiva que ha de acompañar cualquier empeño valorativo y la serenidad exigida y la verdadera crítica, por lo general tras un tiempo prudencial, permiten justipreciar los verdaderos méritos y las debidas proyecciones de cualquiera creación artística.

Los premios nacionales, los laureles ganados en concursos, el volumen editorial, el transcurso del tiempo y la ubicación, frecuencia y distribución en que se dan las piezas dentro de una determinada época, del autor o de su tiempo, así como la calidad intrínseca de las creaciones, son factores adicionales que contribuyen, si bien en limitada medida, a la figuración que tal vez consiga el nombre de un escritor en la historia de las letras.

En el campo literario, más que en otro, la inmortalidad o probablemente una mera coincidencia de juicios críticos definidos son metas difícilísimas de alcanzar. Y cuando se cree haber llegado al pináculo de la gloria, no siempre se deja de observar la presencia de ligeras magulladuras. Mas, si es dura la senda del escritor que no busca el aplauso fácil, casi imposible resulta, salvo contadísimas excepciones, adjudicarse el codiciado galardón de la fama en el veloz plazo de una existencia.

Por otra parte, si a los factores que acabamos de señalar les añadimos una nueva dimensión, esto es la del espacio, aún más escurri-

diza se torna esa prenda valiosa en que caprichosamente se enquistaba el honor, el respeto y tantas otras cualidades que el literato ansía como pago a la misión que se ha propuesto y querido realizar. Pocos son, en conclusión, los que en realidad triunfan y menos aún quienes llegan a ocupar un lugar en la galería universal de los valores reconocidos con permanencia y solidez. Hay, empero, circunstancias coadyuvadoras del proceso consagradorio.

Una de las labores más nobles del maestro, en su doble calidad de guía y orientador, es la de señalar la magnitud y trascendencia de la materia que la sociedad le ha encargado atesorar y transmitir a las nuevas generaciones para que éstas, haciéndose depositarias de la riqueza legada, de nuevo la reavalúen y renueven su fe en ella por las excelencias que contiene. Sólo resiste y sobrevive a este constante y dinámico ciclo valorativo, en lo literario como en cualquiera otra disciplina, aquello que a fin de cuentas es considerado culturalmente digno producto o útil fruto de la actividad creadora del hombre de todos los tiempos y lugares.

De lo anterior se desprende la significación que en sí posee y la responsabilidad que encierra la tarea del investigador que, traspasando el molde establecido de una mera función docente, examina la producción total de un creador, labora con sus propias ideas y con las de todos los demás antes de aventurar conclusión alguna de carácter serio, objetivo y concluyente. Aquí radica la diferencia esencial entre el crítico del momento, impresionable, subjetivo y nacionalista, y el investigador establecido, austero, objetivo y universal.

Los trabajos de apreciación literaria resultan, pues, irrealizables, incompletos, a lo más provisorios, y casi siempre imperfectos o carentes de méritos, si quedan circunscritos al juicio personal de un solo individuo o al consenso general de un medio humano restringido, sea éste un pueblo, una región, un país o un continente. De ahí que en los planteles educacionales de indiscutible prestigio y en los centros de investigaciones serias se haga indispensable contar con bibliotecas adecuadas, con servicios de préstamos mutuos y canjes, con instalaciones en que se hallen depositados y seguros los materiales y las fuentes, en manos de expertos dedicados exclusivamente a ubicar, catalogar, proporcionar y facilitar el manejo de los elementos bibliográficos indispensables a toda labor que aspire al rango de auténtica contribución al saber. Por idénticas razones, no se concibe una universidad digna de este nombre que no cuente con cátedras, profesores, peritos, centros, institutos y bibliotecas dedicados única y exclusivamente a los trabajos bibliográficos. Estos suponen dos funciones principales sin las cuales los investigadores no pueden llevar

a cabo ningún proyecto: la seguridad de que se dispone de todas las fuentes en debido orden, y la confianza de que el personal está bien entrenado en el manejo, recopilación y clasificación de los elementos primarios de la investigación.

Este año posee un especial significado para la novela chilena y para las letras de Chile, pero al mismo tiempo constituye un momento de extraordinaria responsabilidad para todos los estudiosos seriamente interesados en la literatura nacional. Es indudable que la tradición creadora de los escritores chilenos continúa tan sólida como antes y que la crítica diaria acusa una vitalidad, agudeza y sentido del acierto que no deja de sorprender, aun cuando no se podría esperar otro fruto en una sociedad en que la libre expresión es la joya más preciada y la agilidad mental su semilla más tangible y valiosa. A todo ello habría que añadir la seriedad de sus investigadores y el respeto que inspiran en muchas partes los principales centros docentes en que se coordinan los esfuerzos individuales con miras a comunicarles mayor estabilidad y permanencia. Se precisa, empero, hacer un balance general, de vez en cuando, para establecer con honradez si se está realizando la doble función crítica e investigadora a que está llamada la universidad, y si la delicada misión que le cabe al profesorado de estimular hacia el establecimiento de los valores nacionales se está cumpliendo más allá de la mera función de dictar clases e impartir instrucción. Este criterio se convierte en imperiosa necesidad si se considera que no es dable desentenderse en nuestros tiempos de las proyecciones de las letras chilenas en el resto del mundo, a menos que se pretenda no salvar la barrera del aislamiento regional o fronterizo.

La gran misión que Gabriela Mistral realizó casi sola, tuvo la rara virtud de orientar las miradas del mundo intelectual al territorio chileno, pero la del momento actual, además de aprovechar ese instante ya casi desvanecido, quizás por la fama universal de la poetisa, ha de consistir en desentrañar y exponer con criterio amplio y sano lo valioso, si lo hay, de las letras chilenas. La hora de enmendar rumbos, si ello fuere necesario, y de robustecer la obra ya creada, llegará inexorablemente cuando prime el sentido de imparcialidad con que se investigue la producción literaria de Chile. Ese es el único medio de sobrevivir en calidad de integrante del elenco universal escogido por la fama y la inmortalidad.

La bibliografía descriptiva y hasta la comentada revelan, sin lugar a dudas, dos hechos de interés para las letras chilenas. Por una parte, no obstante la miopía y falta de sentido comercial de las editoriales chilenas, los libros de los autores nacionales llegan, si bien tarde, a

manos de los críticos, profesores y lectores de otros países. Allí se les acoge de inmediato y se les dispensa el debido espacio, por medio de reseñas, a fin de que sean más conocidos. Por otra parte, el número anual de trabajos críticos y de investigaciones serias que versan sobre la literatura chilena es, en verdad, asombroso. Cabe preguntarse hasta qué punto se sabe en Chile acerca de la existencia de estas fuentes de riqueza bibliográfica. ¿Existe algún centro recopilador en que se archiven, cataloguen y hagan utilizables todos estos materiales? Se puede añadir, a modo de simple pregunta, si algún estímulo o exigencia por parte de los catedráticos induce a las nuevas generaciones a conocer estas fuentes extranjeras para aprender a utilizarlas como herramientas imprescindibles de la investigación literaria disciplinada y completa.

Nadie discute hoy que la iniciativa comercial de muchas editoriales hispanoamericanas y españolas, triste es confesarlo, ha sobrepasado muy lejos el esporádico y débil empeño de sus colegas de Chile. De ahí que el libro de otros países llegue al público con oportunidad, bien anunciado y a menudo gratis para los críticos más destacados y las revistas más prestigiosas, en tanto que al chileno hay que buscarlo, en particular cuando se llega a saber de su buena calidad. Pero, a pesar de todo, no se ha disputado, por lo menos en los Estados Unidos, aunque algo tarde y en menor volumen, un lugar respetable a las letras chilenas. Prueba de ello hemos dado en algunos de nuestros trabajos de divulgación, y mayor acopio documental poseemos en los archivos inéditos en que atesoramos numerosas fuentes bibliográficas de la literatura chilena fuera del territorio nacional.

Acaso sea oportuno indicar, a manera de rápida observación, que la difusión alcanzada por algunos autores ya del todo consagrados en Chile, G. Mistral, Barrios, Neruda, Prado, por ejemplo, no ha excluido la preocupación constante que han suscitado en el extranjero algunos escritores ya ubicados en la historia literaria nacional, pero todavía discutidos por uno que otro aspecto de su obra. Quizás y precisamente por esto último, los investigadores hayan querido ahondar con trabajos más detallados para ver si el impresionismo crítico de la prensa diaria descansa sobre una base sólida y científica. Establecidos los méritos, muchas veces provisorios, de algunos autores chilenos, se ha procedido a impulsar la divulgación de sus obras con el fin de orientar hacia nuevos derroteros que bien pudieran proporcionar juicios integrales o definitivos sobre los aportes artísticos de los creadores chilenos. Así se explica el hecho de que algunas piezas de ciertos literatos ya figuren en destacadas antologías continentales, con lo cual se revela el honor que se les dispensa al ser escogidas entre las nu-

merosas composiciones del panorama americano, a la vez que se deja en claro el criterio imparcial con que se ha realizado la selección. En muchos casos, fuerza es decirlo, la fama adquirida por algunos escritores chilenos no surgió de las alabanzas precipitadas ni de la indiferencia o ataques de sus compatriotas y conterráneos, sino de la paciente labor de investigadores extranjeros que, no obstante la diferencia del idioma y del temperamento, comprobaron con pruebas irrefutables la existencia de un auténtico y valioso residuo. Descontando a Gabriela Mistral, quien aventaja a cualquier otro autor por constituir un caso singular en la historia de las letras, Mariano Latorre es uno de los escritores que más han llamado la atención en tierras extranjeras y particularmente en los Estados Unidos. Por muchos conceptos se le ha tenido entre los representantes más dignos y sinceros de su tierra, a la vez que en su obra se ha vislumbrado una estimulante intención patria y continental de notable importancia para el progreso y desarrollo de las letras del nuevo mundo.

Honramos la memoria de don Mariano Latorre y la labor artística que realizó, consignando a continuación los aspectos más destacados de la bibliografía de su obra en los Estados Unidos de América. Esta recopilación descubre en parte los aspectos más sobresalientes de sus creaciones y las piezas más difundidas de su repertorio a la vez que señala el aporte que hizo al conocimiento que en otras tierras se posee de Chile y de la producción vernácula que allí se gesta con dimensiones universales dignas de un examen serio y exhaustivo. No se ha de creer que el nombre de Latorre se encuentra del todo afianzado en el panorama literario de su patria o del resto del mundo artístico. La última y más difícil etapa, casi intacta, ofrece un amplio horizonte de insospechadas posibilidades. Resta aún la obligación de cumplir esta segunda parte de la jornada: determinar con criterio imparcial, objetivo y documentado la trascendencia continental y las prendas universales que acaso hagan merecedor de mejor suerte el fenómeno ya comprobado de la existencia de un repertorio artístico que parece haber ubicado al autor, al menos en su patria, en la categoría de padre del criollismo.

II

a) Textos

Con la excepción de la tirada aparte de la *Revista Hispánica Moderna*, las obras consignadas en esta sección constituyen verdaderas antologías de los cuentos más representativos de Hispanoamérica. Las

piezas, seleccionadas por profesores universitarios, están destinadas a servir de material de lectura y apreciación literaria a los alumnos norteamericanos que estudian castellano en planteles de enseñanza superior. Además de ser considerados modelos del idioma, los trozos tienen el propósito de ilustrar algunos aspectos de la vida hispanoamericana y poner de relieve las manifestaciones artísticas más típicas de los creadores del nuevo continente. Los objetivos últimos de esta clase de libros son el aprendizaje del idioma y el estímulo que se brinda al estudiante de ahondar en el conocimiento y apreciación de los valores artísticos de la literatura hispanoamericana.

Sturgis E. Leavitt. *Tres cuentos sudamericanos*. New York, F. S. Crofts and Company, 1935. XV - 163 páginas.

Contiene: *El piloto Oyarzo* y *El finado Valdés*.

Revista Hispánica Moderna. 1943, IX, páginas 101-137. Tirada aparte de esta revista, publicada en New York por el Instituto Hispánico de la Universidad de Columbia.

Contiene: *Risquera vana*, *Domingo Persona*, *La muerte del Pampa Viejo* y *L'olor no más, on Benoist*.

An Anthology of Spanish American Literature. Tomo II. New York, F. S. Crofts & Company, 1946. 822 páginas.

Esta importante antología, usada en casi todas las universidades norteamericanas, fue preparada con el patrocínio del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana y estuvo al cuidado de los profesores E. Herman Hespelt, Irving A. Leonard, John A. Crow, y John E. Englekirk.

Contiene: *El piloto Oyarzo*.

James R. Browne. *Stories of the Spanish-Speaking World*. Boston, Ginn and Company, 1950. X - 261 páginas.

Contiene: *Una astucia de Juan Sapo*.

Sturgis E. Leavitt y Sterling A. Stoudemire. *Tesoro de lecturas*. New York, Henry Holt and Company, 1957. LIII - 252 páginas.

Contiene: *El finado Valdés*.

Angel Flores. *Historia y antología del cuento y la novela hispanoamericana*. New York, Las Americas Publishing Company, 1959. 696 páginas.

Contiene: *Domingo Persona*.

b) Traducciones

Aunque en general el norteamericano parece no ser muy adicto a leer traducciones, las que figuran en esta sección están destinadas o

al lector corriente que no sabe castellano o a los estudiantes de otros idiomas y asignaturas que desean familiarizarse con las producciones más sobresalientes de Hispanoamérica.

The Buried Jar. Aparece en *Amigos* (revista publicada en Chicago, Illinois), 1942, I, 18 - 30 páginas.

German Arciniegas. *The Green Continent*. New York, Alfred A. Knopf, 1944. 533 páginas.

Esta obra, cuyo subtítulo "A Comprehensive View of Latin America by its Leading Writers" demuestra la importancia que posee, contiene *Captain Oyarzo*, traducido por Harriet de Onís.

Harriet de Onís. *The Golden Land*. New York, Alfred A. Knopf, 1948. XVIII - 395 páginas.

Contiene: *The Old Woman of Peralillo*.

c) Artículos de crítica literaria

Son estos trabajos ya más documentados en que se estudian diversos aspectos de la obra del autor. Rara vez se abarca en ellos la producción total de un escritor, por considerarse de poco valor los juicios que carecen del apoyo documental que exige este tipo de estudio. La falta de espacio obliga, pues, a limitar la materia tratada a fin de poder acompañarla de las pruebas necesarias a todo trabajo serio. Por la variedad de nacionalidades que muchas veces revelan los autores, estos ensayos constituyen una garantía de imparcialidad así como también la prueba más rigurosa a que pueda ser sometido un escritor. De allí que estos estudios casi siempre pasen a servir de antecedentes indispensables de cualquier trabajo de carácter definitivo que se desee emprender. Incluimos en este apartado algunos títulos aparecidos fuera del territorio norteamericano, pero escritos por residentes de este país y muy difundidos en él.

"The 'Indispensable' Spanish American Books". *Books Abroad* (University of Oklahoma, Norman, Oklahoma), 1942, XVI, páginas 23-28. Este trabajo tiene el mérito de contener una lista de los libros considerados "indispensables" por la autora, Madaline W. Nichols, y por los siguientes catedráticos y críticos que la subscribieron: Irving A. Leonard, Carlos García Prada, Federico de Onís, John T. Reid, Sturgis E. Leavitt, Samuel Putnam, Pedro Henríquez Ureña, Alberto Rembao, Carleton Beals, Willis Knapp Jones, Alfred Coester y Hayward Keniston. Considérase *Chilenos del mar* entre las obras representativas de Hispanoamérica.

Magda Arce. "Mariano Latorre, novelista chileno contemporáneo", *Revista Iberoamericana* (Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana), 1942, V, páginas 121 y 130, y 1943, VI, páginas 303-334.

"Mariano Latorre: vida y obra", *Revista Hispánica Moderna* (Columbia University), 1943, IX, páginas 45-49.

"Mariano Latorre: bibliografía", *Revista Hispánica Moderna*, 1943, IX, páginas 45-49 (En colaboración con Sidonia C. Rosenbaum).

Homero Castillo. "Mariano Latorre", *Hispania* (Asociación de Profesores de Español y portugués), 1954, XXXVII, páginas 313-316.

"Constantes bibliográficas en los cuentos de Mariano Latorre", *Symposium* (Syracuse University), 1955, IX, páginas 126-132.

"Mariano Latorre y el criollismo", *Hispania*, 1956, XXXIX, páginas 438-445.

"Tributo a Mariano Latorre", *Revista Iberoamericana*, 1957, XII, páginas 83-94.

"La modalidad criollista de Mariano Latorre", *Quaderni Ibero-Americani* (Universidad de Turín), 1957, III, páginas 345-353.

"Trayectoria bibliográfica de los cuentos de Mariano Latorre", *Inter-American Review of Bibliography* (Pan American Union, Washington, D. C.), 1959, IX, páginas 341-355.

"Mariano Latorre, orígenes de una vocación", *Cuadernos Americanos* (México), 1960, XIX, páginas 228-237.

"El relato urbano en el criollismo de Mariano Latorre", *Asomante* (Universidad de Puerto Rico), en prensa, 1960.

Norberto Pinilla. "Mariano Latorre", *Revista Hispánica Moderna*, 1943, IX, páginas 17-21.

Luis Alberto Sánchez. "Un secreto de Mariano Latorre", *Revista Hispánica Moderna*, 1936, II, páginas 94-96.

José Sanz y Díaz. "La obra de Mariano Latorre", *La Nueva Democracia*, 1956, XXXVI, Nº 3, páginas 102-103.

Raúl Silva Castro. "Mariano Latorre y su novela *La paquera*", *Revista Iberoamericana*, 1959, XXIV, páginas 297-306. Con tirada aparte.

d) Reseñas

Quedan incluidos en esta sección aquellos juicios breves o impresiones del momento cuyo propósito es llamar la atención hacia ciertas obras, por lo general recién publicadas, a fin de que sean conocidas por el público o por algunos círculos intelectuales o especializados. Su valor es relativo, aunque llenan una función específica y útil por la información que suministran y el estímulo crítico que suscitan.

Santiago del Campo, (Sobre) *Chile, país de rincones*, en *Américas* (Washington, D. C.), 1956, VIII, páginas 39-42.

John E. Englekirk, (Sobre) *Hombres y zorros*, en *Revista Hispánica Moderna*, 1938, IV, página 221.

Roberto Esquenazi Mayo, (Sobre) *El caracol*, en *Revista Hispánica Moderna*, 1954, XX, página 235.

Willis Knapp Jones, (Sobre) *Sus mejores cuentos* (ed. 1925), en *Books Abroad*, 1929, III, página 44. (Sobre) *Chilenos del mar*, en *Books Abroad*, 1931, V, página 176.

Calvert J. Winter, (Sobre) *On Panta*, en *Books Abroad*, 1936, X, página 345.

e) Obras de consulta

Ubicamos en este apartado los manuales de historia literaria en que figuran las obras principales de los autores más sobresalientes. Nos permitimos indicar que, gracias a estos libros, algunos autores reciben más atención que otros ya que se supone que, al ser escogidos por personas de reconocido prestigio y de entre la enorme producción hispanoamericana, poseerán por lo menos algunos méritos. Consignamos, por lo tanto, los manuales más conocidos y los de más amplia difusión por ser de autores dignos de confianza.

Alfred Coester. *The Literary History of Spanish America*. New York, The Macmillan Company, 1941, 522 páginas.

Diccionario de la la Literatura Latinoamericana - Chile. Washington, D. C., Unión Panamericana, 1958, 234 páginas.

E. Herman Hespelt. *An Outline History of Spanish American Literature*. New York, F. S. Crofts & Co., 1944, 192 páginas. Colaboran en esta obra los profesores Irving A. Leonard, John E. Englekirk, John T. Reid y John A. Crow.

Pedro Henríquez Ureña. *Literary Currents in Hispanic America*. Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1945, 345 páginas.

Arturo Torres-Rioseco. *The Epic of Latin American Literature*. New York, Oxford University Press, 1942, 279 páginas.

EVANSTON, ILLINOIS, U.S.A.